

LA EDUCACION EN LA SOCIEDAD ACTUAL

Manuel AGUD QUEROL

Resulta ya imperioso buscar puntos de apoyo para cimentar conceptos y señalar directrices en momentos en que vemos derrumbarse una serie de valores que consideramos vigentes, a pesar de su poca resonancia.

Muchos de los autodenominados progresistas consideran hipocresía la educación, cuando es simplemente un sistema de convivencia que permite regular la vida comunitaria, lo cual, como es lógico, impone limitaciones en el comportamiento. Llamamos algunos sinceridad en las relaciones mutuas a lo que, con frecuencia, es simple grosería.

La calle nos bombardea sin cesar con las expresiones más soeces, que se convierten en comida cotidiana. El léxico de una parte considerable de los jóvenes es de una pobreza lamentable, y la falta de conceptos de cultura se halla suplida por la "palabrota", por el término obsceno, por la repetición de latiguillos, por la blasfemia, incluso.

Tiene uno la impresión de que con 200 o 300 palabras se despachan muchas conversaciones, que en realidad no son tales.

Hay sectores que tratan de exculpar intentando convencernos de que es el lenguaje actual, que ese es el lenguaje de los jóvenes; pero habría que repetir una vez más que siempre ha existido un lenguaje de respeto, exigido por la vida de relación, y otro más o menos tabernario, y que la diferenciación radical de éstos hace posible la convivencia.

Resulta chocante siempre, a pesar de las libertades que muchos se atribuyen, oír en boca de una joven o de una respetable señora expresiones de prostíbulo, que suenan a hirientes hasta para el "lumpen" social más degradado.

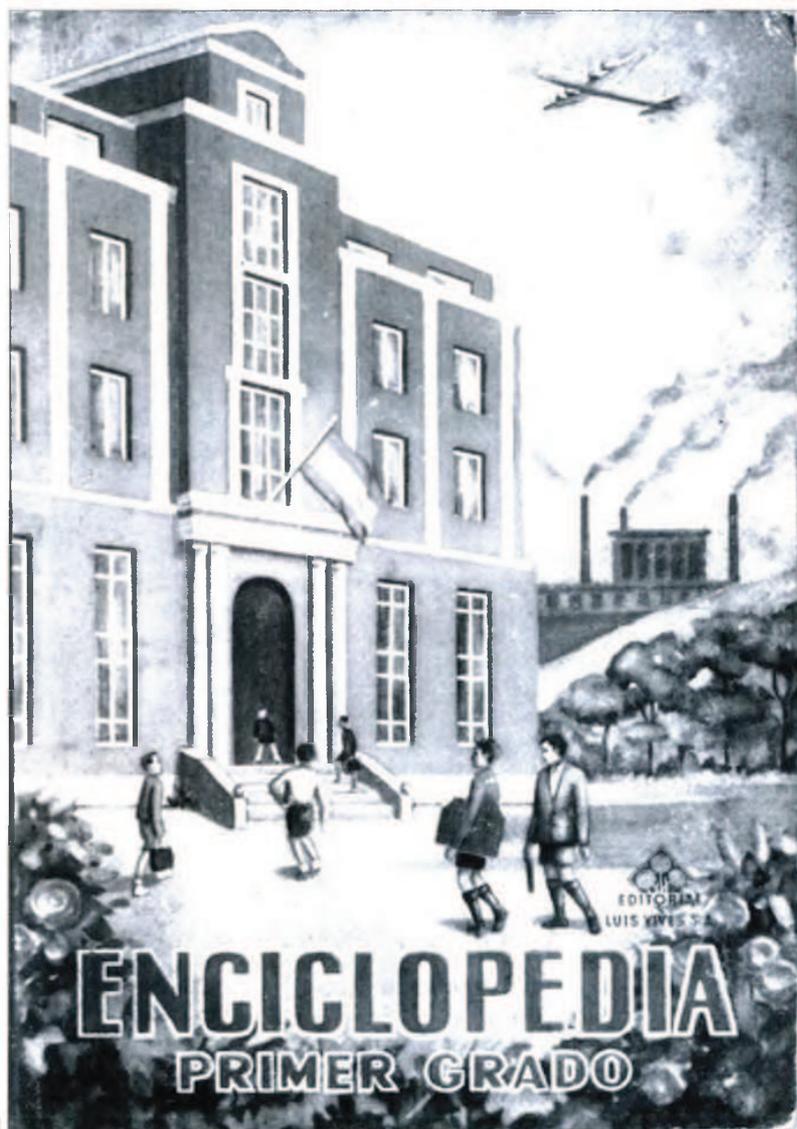
No propugnamos la vuelta a aquellos manuales de "buena sociedad", que aun llegamos a conocer en nuestra infancia. Tampoco se trata de vivir en constante ficción y disimulo, en eso que llamamos educación tradicional, que, por supuesto, es sólo la del siglo XIX; pues para los finales de éste surge una nueva educación, que va superando los elementos negativos de aquella, y que prepara el primer cuarto del siglo XX.

Instalados en un sistema educativo más abierto, con planes escolares en renovación (a pesar de los tecnopedagogos que parecen empeñados en alumbrarnos un pasado inexistente, a fin de justificar sus ensayos), se infiltran por entre las grietas de la nueva "caparazón", que se empeñan en imponernos, los valores tradicionales, y que son perfectamente vigentes para una renovación del sistema educativo.

Con siglas rimbombantes que responden a un organigrama mismo creador de terminologías atosigantes, los reformadores (desde ministros a subalternos) intentan rellenar con su palabrería el vacío a que han reducido los elementos culturales.

Las recientes leyes tienden a simplificar la enseñanza rebajando niveles, suprimiendo materias que juzgan "inútiles", intentando circunscribirse en la enseñanza a lo eminentemente práctico, a lo productivo inmediato con rechazo de cuanto no tienda a la preparación para lograr el pronto beneficio.

Por los años cuarenta y cincuenta lo único importante en los estudios en España eran las matemáticas, la física, la química, la ingeniería, porque con ellas se adquiría pronto un



“statusJ” económico desahogado. Como contraste frente a esa realidad teníamos unos planes de Bachillerato con siete cursos de latín y cinco de griego para todo el mundo, y con un conjunto de asignaturas de carácter humanístico, contra las cuales se ha desatado en la actualidad una furia iconoclasta, sólo comparable a la beata furia por las computadoras que hoy nos invade.

Los actuales “enseñantes” (desterrado el título de profesores) nos hablan como si la historia comenzara con ellos. Cualquiera diría que las generaciones pasadas se dedicaron a dormir a la sombra de las generaciones pasadas pensando sólo en la salvación del alma. Al parecer lo que en la actualidad hemos alcanzado en bienes culturales ha sido por generación espontánea.

Y los “reformadores” (¿Reformadores? ¿De qué?) ya no se contentan con haber echado por la ventana la abundante materia gris del profesorado universitario, con las jubilaciones a los sesenta y cinco años, sino que nos aportan como última novedad, propugnar esa jubilación para el profesorado de grado medio que rebasa los sesenta años, pretextando que a esa edad son ya incapaces de asimilar los nuevos métodos (¿nuevos?). Según esa peregrina teoría la experiencia y la práctica son elementos negativos.

Y luego, tras esa pretendida revolución pedagógica, nos hablan de fracaso escolar, sin detenerse a pensar si no hay alguna relación entre tal fracaso y esos modernos métodos que nos anuncian como el último grito de la pedagogía. Claro que ya han hallado relativamente fácil solución: rebajar el nivel de exigencia, con lo cual los fracasos se convierten en éxitos.

¿Y cómo empezó todo esto?: con la Ley de Educación de Villar Palasí. Ahí está, a nuestro juicio, el principio de la desintelectualización del país. Hecho gravísimo del cual estamos tocando las consecuencias. La política educativa del actual equipo ministerial es continuación de aquel engendro de las postrimerías del franquismo.

Un ensayismo desnortado nos va a hacer naufragar en una “sopa de siglas”, que requerirían “folleto explicativo”. Y esos intentos no son propiamente nuestros; siempre andamos a remolque de experiencias foráneas.

Hubo una época en la cual la ciencia podríamos decir que era alemana; como alemana parecía ser la técnica. Aún existe el fetichismo por el “Made in Germany”. Véase la propaganda de los coches de aquella nacionalidad, con sus sexualizados anuncios.

Tras la última contienda bélica prevalecía lo americano, y la ciencia se hacía y se está haciendo en inglés. Y si en un tiempo buscábamos la inspiración en los planes de enseñanza franceses, ahora hemos caído (desde hace tiempo, por cierto) en la copia de cuanto suene en EE.UU.

Nuestros “reformadores! desechan disciplinas y métodos. Cuanto sea puramente cultural pasa al desván de las cosas inútiles. Y si hubo un ministro que en el crepúsculo del anterior Régimen dijo aquello de “más deporte y menos latín”, hoy tal expresión es un hecho efectivo radical.

¿Cuántas veces hemos oído: “eso para qué sirve!” referido a esas materias malditas, cuyo sólo nombre suscita recelos y rencores: el latín y el griego. ¿Qué trasfondo de resentimiento se encierra entre los debeladores de cuestiones básicas para el desarrollo intelectual del futuro adulto!

La cuestión, a nuestro entender, no es “para qué sirve” una cosa, sino el valor que tiene en aras de la formación del individuo. Chocamos entre la educación y la instrucción, y nos halla-

mos ante un cambio significativo, que quizá explique muchas cosas: ha sido sustituido el término maestro o profesor por “enseñante” (galicismo horroroso).

Es preciso recuperar al educador, cuya función engloba la instrucción o enseñanza.

Mas hemos dejado sin completar nuestro juicio sobre el predominio de los planes docentes tomados de los americanos. Es evidente el mimetismo registrado en la legislación.

Verdad es que EE.UU. disponen de medios ingentes para desarrollar programas de investigación; que los científicos de todo el mundo encuentran allí el entorno para poder trabajar; que se atiende a materias no “rentables”. También es cierto que aquí pretendemos lo que se hace allí, pero sin proporcionar los medios adecuados.

Cuando nos hablan del abanico de posibilidades de que dispone un alumno para su graduación, nos preguntamos si con esa libertad disciplinaremos a unos escolares que, en buena medida, se inclinan por el mínimo esfuerzo. La experiencia nos confirma esto último.

Un alumno del equivalente a nuestra enseñanza media puede elegir una amplia gama de asignaturas, que van desde el vuelo a vela, jardinería, cocina, etc., hasta las matemáticas o la física. Frente a las primeras estudiar matemáticas o física acaso resulte un contraste demasiado fuerte. ¿Y qué decir de la filosofía, del latín o del griego? ¡A quién se le va a ocurrir pensar en ellas!

Europa ha tenido siempre entre los elementos formativos de la personalidad una serie de saberes que representan el acero cultural acumulado por el hombre a través de la historia, y que englobamos en el concepto de humanismo. Se trataba de enseñar a pensar (para hacer aristócratas del espíritu, en expresión de Juan Amorós).

Había que empezar por leer, y leer mucho para poder desarrollar el pensamiento. Y sobre el valor de la lectura insiste Allan Bloom (al que nos referimos luego) denunciando sus defectos y carencias en los EE.UU. Quizá sea exagerado decirlo, pero estamos convencidos de que la lectura en el bachillerato debiera ser elemento básico y además la lectura en alta voz. Completaríamos el cuadro restableciendo los exámenes orales. ¿Que con la masificación resulta difícil? De acuerdo, pero hay que luchar contra tal masificación. No tienen por qué acceder a grados superiores los que no alcancen cierto nivel intelectual.

Un alumno de bachillerato al finalizar sus estudios tenía antes un conocimiento literario bastante aceptable de autores nacionales y extranjeros. Incluso podía recitar tiradas de versos de sus autores preferidos. ¿Quién no era capaz de recitar la “Marcha Triunfal” de Ruben Darío?). Ejercicio muy importante que los maniacos de la anti-memoria han logrado desterrar.

Ahora parece que van a suprimir el libro de texto, que en realidad era para muchos la única lectura aún existente, si bien no es esa su función. Y uno se pregunta ¿Es que también la lectura es mala, como se ha querido presentar la memoria) Porque esa hostilidad casi salvaje contra una de las potencias del alma es la cosa más insensata y ridícula que pudiera uno imaginar. Y ese viene siendo quehacer preferente de los aludidos tecnopedagogos (gran parte de los cuales poco tienen que ver o han tenido que ver con la enseñanza) Mas ¿qué es la memoria sino un ordenador proporcionado gratuitamente por la naturaleza, que tienes además la ventaja sobre el electrónico de ¿Poder mentir?, que es un acto de voluntad? De ahí la superioridad de la inteligencia, que es elemento sentiente, según Zubiri.

Propugnamos una vuelta al humanismo, con todas las aportaciones modernas que se desee en lo técnico.

A este respecto quiero referirme a la obra del aludido Allan BLOOM: El cierre de la mente moderna, que es un alegato contra los métodos de enseñanza de EE.UU., que lo reducen todo a pragmatismo y utilidad.

Este denso volumen escrito para América y que ha sido traducido al español con ese título, es una reacción frente al sistema americano, que ha logrado un hombre con curiosidades artificiales, más desentendido de cuanto no sea su interés inmediato, lo que le lleva a no sentir verdadera curiosidad por lo que ocurre en otros meridianos o en su propia vecindad.

Denuncia en el estudiante y en el titulado estadounidense el desconocimiento de las grandes realidades universales: el no buscar en otras naciones o culturas elementos de enriquecimiento personal, que vayan poblando su cerebro y su sensibilidad del caudaloso río de la civilización desde sus orígenes. La revolución de 1968 ha provocado un corte con el pasado en este sentido.

Propugna Bloom una vuelta al cultivo de lo que venimos llamando "materias blandas", esas que no son de provecho crematístico y que responden al repetido nombre de humanidades.

Si se ha producido la eliminación de éstas y luego registramos carencias educativas, alguna relación habrá, piensa uno. Por eso hemos de plantearnos un cierto retorno al pasado, que no es medievalismo ni tradición rutinaria, como alguien pudiera creer, sino aprovechamiento de la mayoría de hechos culturales, que la pedagogía actual no considera "útiles", y que nosotros estimamos básicos para el futuro adulto.

En este sentido queremos reivindicar la sublime utilidad de las cosas "inútiles", y poner énfasis en "la importancia de las cosas "sin importancias", y valga el aparente juego de palabras, que, bien analizado, no es tal.

Los pragmáticos considerarán una pérdida de tiempo cultivar, p. ejem. el latín o la filosofía (no digamos el griego) con todo su complejo mundo del pensamiento, en lugar de sumergirse por entero en la informática.

Cada cosa en su sitio. Sin embargo, un escolar de la época moderna no puede volver la espalda a todo lo que la historia ha ido acumulando. No debe soslayar el conocimiento de una serie de obras literarias, filosóficas o históricas, cuyo contenido puede enriquecer el espíritu, distanciándolo de cuestiones intrascendentes, a veces condensadas en unas pocas palabras para contestación de programas radiofónicos a la caza del millón.

No propugnamos la vuelta a ciertas clases de literatura de

antaoño reducidas a fechas, nombres y catálogos de obras, sin acceso a los originales. Añoramos de otros tiempos la lectura por turno en la clase, a la que debe añadirse el análisis tras dicha lectura detenida...Un juicio crítico sobre el conjunto; qué significa el autor, la materia con relación a la época, al lugar, al caudal de lo escrito por los grandes autores. Interesa que el alumno posea un conocimiento directo, aunque sea parcial, de la historia literaria y de la historia a secas para encajar cronológicamente hechos, personas y grandes acontecimientos. Eso le hará una persona culta, con la que se puede hablar, en consecuencia, de una serie de saberes "inútiles", de avances y retrocesos, de "codos" incluso para desentrañar lo abstruso.

Lo más cómodo, sin duda, es evitar el esfuerzo, rehuir la dificultad, no "romperse la cabeza". Aturdirse para que el propio ruido le libere a uno del pensamiento.

A propósito de esto dedica Bloom unas páginas que no resultan demasiado halagüeñas para los partidarios del "rock".

Y uno se pregunta: ¿A quién sirven los masificadores por el ruido? Masificar es fanatizar, y el fanatismo no es la mejor guía para reflexionar, y se aparta absolutamente de lo que debe entenderse por educación.

Insistimos en el cultivo de materias de especulación intelectual. Cuando figuraba en los planes de bachillerato el latín y el griego, lo era por su carácter como instrumento de esa naturaleza, como una especie de gimnasia cerebral. No importaba tanto traducir un texto más o menos correctamente, cuanto someter la mente a un ejercicio en que intervenían desde elementos gramaticales a elementos culturales. Y eso no se logra, como algunos creen, con las matemáticas. La cuestión es más compleja.

Los contenidos de un texto son múltiples y las relaciones entre ellos responden a la misma categoría. Todo eso enseñaba a establecer relaciones interdisciplinares, cuyo resultado final era el hombre con sentido crítico, con independencia intelectual, lejos de cualquier sectarismo o intolerancia; integrado, por tanto, en la sociedad como elemento culto y responsable.

Y eso es precisamente una educación liberal, que es a la que vuelve una y otra vez el autor antes citado.

En resumen: nos pronunciamos por el mentado tipo de educación, por el respeto mutuo, por el empleo de un léxico que huya de lo ofensivo, por el destierro de lo malsonante, por la consideración personal que no importa tirar de la misma yunta a un caballo y a un asno.

Que si la revolución estudiantil de 1968 no aportó elementos positivos de importancias (y eso lo reconocen hasta sus fau-



tores), que nos devuelvan, al menos, lo que de positivo tenía la educación que llamamos moderna (mención especial merece la Institución Libre de Enseñanza), que nos traiga de nuevo la complejidad de las ciencias sociales, la valoración por encima de todo del pensamiento, y que despierte la pasión por la lectura, que es la pasión por el saber, y ahí está el verdadero progreso, y no en la actitud falsa de los llamados “progresos”, que han resultado ser lo más reaccionario producido por la ideología.

Quisiera hacer una mención especial a las Bellas Artes como elemento educativo; la influencia que éstas pueden tener para la formación del gusto. Estamos en épocas de gran movilidad. Todo el mundo se desplaza; marcha a lejanos países buscando el contacto con otras civilizaciones, y eso puede influir enormemente en la preparación intelectual del individuo.

No se trata de aprender unas listas de monumentos y ciudades para “ir de compras” a ellas; sino de adquirir una apreciable información sobre lo que se va a ver y conocer. Luego, ante la contemplación de la realidad, lo leído y estudiado hará que el espíritu se halle más propicio a la asimilación de los verdaderos valores; a lograr, en suma, la condición de persona culta, que es ser persona libre, y sólo se es libre en la medida en que se acceda a una serie de elementos que en el transcurso del tiempo han venido sedimentándose hasta formar cuerpo con nuestra inteligencia.

La civilización, en fin de cuentas, es una gran unidad, y cuanto mayor sea la identificación de cada uno con esa gran unidad tanto más firme resultará la concordia humana.

Sí, ya vemos que con persistencia digna de mejor causa se invoca el derecho a la diferencia, y se nos habla de genocidios culturales, lo que no deja de ser una aberración.

Lo ocurrido es parecido a la selección de las especies, que es una selección natural. Y en los fenómenos culturales no deben actuar los fanatismos. Estos, sin embargo, surgen tanto en lo religioso como en lo político.

Volvamos al principio. La palanca para mover todos los mundos se halla en la educación, y en el rechazo de planes fantásticos apoyados sólo en teorías abstractas lejos de toda encarnación humana.

No caigamos en un aldeanismo vuelto hacia sí mismo considerándose como una virtud envidiable. Abramos nuestra mente a la universalidad; que la patria de todos no tenga frontera, que no sintamos ciudadanos del Universo, tendiendo la mano en todas direcciones como emblema del buen entendimiento y de la hermandad que al amparo de la educación podemos lograr.

Sobran, por tanto, los “slogans” agresivos del antiecológico-mancillador de muros, que hiere la sensibilidad humana con su zafiedad y su violencia.

